
FRIEDRICH NIETZSCHE: LA HISTORIA AL SERVICIO DE LA VIDA

*María Gabriela Huidobro Salazar**
Universidad Andrés Bello, Chile

Consecuente con los postulados básicos de su filosofía, Friedrich Nietzsche plantea su idea de la historia criticando los excesos en los que ésta ha caído, y cuestionando los valores de verdad y de vida, así como el sentido del oficio del historiador. Ello, para luego proponer un acercamiento de la historia a la realidad, desafío que cada historiador debe asumir como propio y vivirlo como tal: la historia no puede ser un trabajo de escritorio ni una investigación de lo muerto, sino, ante todo, una disciplina volcada a la vida. Es desde esta perspectiva que nos parece relevante revisar las líneas principales de su teoría.

Palabras claves: Friedrich Nietzsche, teoría de la historia, utilidad de la historia.



FRIEDRICH NIETZSCHE: HISTORY AT LIFE' SERVICE

Friedrich Nietzsche, being consequent with the basic postulates of his philosophy, offers his own idea of History criticizing the excesses in which History has fallen, questioning both values of Truth and Life, as well as the meaning of the historian's job. All this, to suggest that History should come nearer to reality, a challenge that each historian must assume as a personal aim. History cannot be just a desk job or investigating the dead: above all, it should be a knowledge turned to life. From this point of view, it seems relevant to re-examine the main ideas of his theory.

Keywords: Friedrich Nietzsche, theory of history, history's utility

* E-mail: mgabrielah@vtr.net

*Tan sólo las fuertes personalidades pueden soportar la historia;
los débiles son barridos completamente por ella¹.*

EL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE (1844-1900) ha resultado siempre polémico, especialmente en cuestiones de filosofía moral. Sus postulados nihilistas, que lo conducen a cuestionar los fundamentos mismos de la tradición occidental, han sido objeto de variadas interpretaciones y valoraciones, algunas de las cuales suelen quedarse sobre todo en ese aspecto negativo y destructivo de su filosofía. Es el Nietzsche que niega a Dios y que critica a la cultura europea el que resulta más comúnmente reconocido.

Aun así, el pensamiento nietzscheano no se queda en tal aspecto, pues tras la crítica hay una propuesta que se presenta como un nuevo sistema de valores y que persigue en última instancia una afirmación de la vida que, en su opinión, no puede alcanzarse mediante la actitud reinante en la humanidad de su tiempo. Desde esta perspectiva es que Nietzsche realiza un análisis de la historia y de la función del historiador ordenadas a dicho fin. Se trata de un análisis crítico de lo que suele, en opinión de este filósofo, «mal entenderse» por disciplina y cultura históricas, y una propuesta que continúa la línea de sus postulados éticos. Es una teoría de la historia que nos resulta del todo interesante por la agudeza de sus observaciones, por la respuesta que puede ofrecer a quienes cuestionan el valor de la historia y por el estímulo que puede prestar a aquellos que se dedican o empiezan a dedicarse al oficio de historiador. Nuestro objetivo, en este sentido, no es otro que el de revisar las principales aristas de la idea de la historia de Nietzsche, desarrolladas sobre todo en su tratado *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*.

Las advertencias y observaciones que Nietzsche realiza sobre la historia siguen perfectamente la línea que ha marcado a su pensamiento en conjunto y que dice relación, sobre todo en un ámbito ético, con la crítica realizada por el filósofo a la actitud común del hombre ante el mundo, en contraposición a su propio llamado por romper con dicha tradición, para asumir, en cambio, una actitud creadora y activa ante la vida. Es la oposición que cruza su filosofía, dada entre la moral de rebaño y la libertad del Espíritu en *Humano, demasiado*

¹ NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, Edaf, Madrid, 2000, p. 87.

humano (1878) o en *Más allá del bien y del mal* (1886); el comportamiento de masas y la autonomía del Superhombre de *Así habló Zaratustra* (1891); la confrontación de Dionisio y de Apolo en *El origen de la tragedia* (1872); y que para este caso enfrentará al hombre en el escenario de la misma historia.

En este sentido, Nietzsche se ha apoyado en aquello que denomina como nihilismo pasivo, negación de todo principio religioso, político y social de la tradición occidental que, especialmente representados en el cristianismo, constituirían una «moralidad esclava», creada por y para personas débiles –incluso resentidas–, a fin de fomentar un comportamiento sumiso y conformista que sirva a su propio interés.

Es éste el comportamiento de las masas, a las que peyorativamente denomina como «manada» o «rebaño», que viven conformes con un mundo superficial percibido sobre bases erradas. Y sin embargo, las masas gustan de tal estilo de vida, pues sólo así saben disfrutar, creyéndose libres por carecer de preocupaciones, de verdaderos compromisos con este mundo, aun cuando realmente se encuentren fuertemente atadas por sus propias creaciones y por un tradicionalista entorno que los domina.

A Nietzsche le parece lógica la explicación de esta actitud:

Reducir algo que nos es desconocido a algo que conocemos alivia, tranquiliza y produce satisfacción... Lo desconocido implica peligro, inquietud, preocupación; el primero de nuestros instintos acude a eliminar esos estados de ánimo dolorosos².

Pero el esclarecimiento de tal comportamiento no se detiene en su comprensión, sino que lo conduce a la crítica:

¡Oh, santa ingenuidad! ¡En qué extraños simplificación y falseamiento vive el hombre!... ¡Cómo hemos sabido conservar ante todo nuestra ignorancia para gozar de una libertad, de una despreocupación, de una imprevisión, de una osadía y de una alegría de vivir casi incomprensible, para poder así gozar de la vida!³

La voluntad de «no saber» se levanta y aplasta la voluntad de saber que liberaría al hombre de toda atadura y de todo sistema cerrado, impuesto, dogmático y universal. Esta primera actitud descansa en una verdad creída por todos, aceptada por todos, tramada a lo largo de la historia del pensamiento, que, sin embargo, nadie somete realmente a juicio; es la idea nietzscheana de la verdad como simple convención, representada en la palabra en tanto ésta también se define como símbolo acordado para fijar socialmente una visión de mundo. Y es ante tal situación que Nietzsche propone la actitud contraria. Su conocida afirmación *Dios*

² NIETZSCHE, F., *El ocaso de los ídolos. Los cuatro grandes errores*, 5, Edimat, Madrid, 1999, p. 582.

³ NIETZSCHE, F., *Más allá del bien y del Mal*, Edimat, Madrid, 1999, p. 285.

ha muerto no sólo proclama el ocaso del tradicional garante de toda veracidad y de todo valor cristiano, sino que alude a la pérdida de toda certeza absoluta y de cualquier sentido dado de la historia y del mundo.

Pero la posición nietzscheana no acaba en una actitud simplemente negativa, ya que no motiva sólo a derribar una verdad establecida, sino a erigir una nueva visión de la realidad y de todos los valores que ésta conlleva. Para este filósofo, quien se subordina, quien avasalla su pensamiento a la verdad común y tradicional, renuncia a interpretarla. Y sólo esa interpretación personal es la que hallará la verdad más valiosa para la vida, la que hará de esa persona un espíritu realmente libre y dueño de sí mismo.

*El espíritu libre busca razones, mientras que los demás hombres buscan una creencia... La verdad buscada debe tener relación con la vida, el sentido y los valores, pero no para reconocerlos, sino para distanciarse de ellos*⁴.

Así, el discurso histórico de Nietzsche llevará implícito un proyecto moral. Éste pondría, oponiéndose a la concepción de la historia sustentada en la esperanza de un futuro prometido por las religiones tradicionales –que otorgan al hombre corriente una visión superflua y pasajera de su existencia terrena– un modelo de hombre independiente e individualista. Un «espíritu libre» que sienta con intensidad, pero que, a su vez, controle sus pasiones racionalmente; un hombre que se centre en esta vida, en el mundo real, incluso con sus sufrimientos y bajezas; un hombre fuerte que, en definitiva, emancipándose de lo humano «envilecido» por la docilidad y sometiendo al medio que le rodea, tenga realmente la voluntad de vivir. De ahí el primer principio que Nietzsche propone como requisito para aspirar a la libertad: «Hay que tener necesidad de ser fuerte; de lo contrario, nunca llegaremos a serlo»⁵, pues la libertad debe entenderse «como algo que no se tiene, que se quiere, que se conquista»⁶. Se trata, pues, de una cuestión de voluntad.

Esa voluntad de vivir se orientará, por lo mismo, al futuro. Pues en esa categoría temporal están las posibilidades de acción, en tanto que el pasado guarda todo aquello que, por su misma condición de pretérito, es desde el presente inmutable. Son estas condiciones las que deben tomarse en consideración para definir la actitud que el hombre debería asumir en el tiempo y el rol que la historia puede arrogarse para ello, de forma tal que ésta sirva a la vida y no se constituya en un fin en sí misma. «Necesitamos la historia para la vida y la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción»⁷, advierte Nietzsche, consecuentemente con su llamado a vivir en un sentido activo y creativo.

Un exceso de historia podría, en cambio, obstaculizar esta posibilidad, pues una desmedida atención al pasado impide orientar la vista hacia el futuro, en cuanto tiempo de las

⁴ BERMEJO, J. C., *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Akal, Madrid, 1987, p. 238.

⁵ NIETZSCHE, F., *El ocaso de los ídolos. Lo que los alemanes están perdiendo*, 39, *op. cit.*, p. 618.

⁶ *Idem.*

⁷ NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, *op. cit.*, p. 32.

posibilidades de acción. Y es ésta la crítica que el filósofo realiza de su propia época y, en particular, del pueblo alemán, que sufre de su cultura histórica; un fenómeno que Nietzsche considera un «mal», una «fiebre», una «enfermedad» de cuyo padecimiento, paradójicamente, los alemanes se enorgullecerían.

Éstos son entonces los riesgos de la historia, que exigen saber utilizarla sin caer en sus excesos. Pues el hecho de que trate del pretérito la convierte *a se* en un saber riesgoso, que trabaja «con la carga cada vez más y más aplastante del pasado»⁸. Para el hombre puede ser realmente un pesar su propia capacidad de recordar, que le impide muchas veces olvidar aquello que lo mantiene atado a un pasado, en apariencia, insuperable. De ahí las dificultades de vivir históricamente, que reclaman la necesidad de saber convivir con el pasado sin sucumbir en él, de modo tal que «se sepa olvidar y se sepa recordar en el momento oportuno, de que se discierna con profundo instinto cuándo es necesario sentir las cosas desde el punto de vista histórico o desde el punto de vista ahistórico»⁹.

Las condiciones de historicidad y de temporalidad son inherentes al hombre; no hay modo de que pueda escapar y vivir sin ellas, pero sí existen modos diversos para enfrentarse a ese escenario. De esta manera, si bien no es posible vivir sin recordar, existe la posibilidad de manejar dichos recuerdos en forma tal que no sean éstos los que controlen la vida del hombre sino que sea éste quien los utilice para la vida. Así, no sólo podría liberarse de las ataduras de la historia, sino que podría aspirar a un cierto estado de felicidad cuyo sentimiento se manifieste en una forma *no histórica*.

Pero la ahistoricidad no parece aludir al desconocimiento absoluto del pasado, sino más bien a la independencia del hombre respecto de él en un sentido vital:

*Sólo cuando es suficientemente fuerte para utilizar el pasado en beneficio de la vida y transformar los acontecimientos antiguos en historia presente, llega el hombre a ser hombre*¹⁰.

No se trata, entonces, de promover una actitud antihistórica, sino de saber combinar la utilidad de la historia con la necesidad de actuar en ocasiones en forma no histórica, siempre al servicio de la vida, de forma tal que sus efectos sean generadores de la misma y, en ningún caso, la degeneren. «Olvidar el pasado permite vivir el presente y ser verdaderamente humano. La vida es un valor superior a la historia. La vida es acción y la acción se desarrolla en el presente y con vistas al futuro»¹¹.

Los tres modos de asumir la historia identificados por Nietzsche deben atender, en este sentido, a estas advertencias, conservando aquello que sirva al hombre en cuanto ser vivo, activo y creador, y desprendiéndose de toda tendencia a quedarse en la imitación pasiva o en la lamentación conformista del pasado. Las historias *anticuaria*, *monumental* y *crítica*

⁸ *Ibidem*, p. 36.

⁹ *Ibidem*, p. 40.

¹⁰ *Ibidem*, p. 41.

¹¹ BERMEJO, J. C., *op. cit.*, p. 246.

deben complementarse para servir así al hombre de acción, a aquel que, apoyándose en las experiencias pasadas, en aquello que de admirable pueda rescatar de la historia y en lo que debe ser corregido, no se conforma con su presente y crea desde sí mismo su futuro.

La historia *monumental* sirve, en este sentido, a entregar modelos del pasado que ofrezcan una inspiración a los hombres de acción del presente que buscan cambiar su situación y que aspiran a un cierto grado de felicidad. Porque aquello que es digno de imitar, lo es por haber sido digno de recordarse y, por lo mismo, se ha eternizado en la memoria histórica. Son aquellos ejemplos –de hombres y acciones– que han sobresalido en su época por haberse enfrentado a ella y haberla cambiado¹², los que deben ser recogidos para realizar nuevas acciones, igualmente dignas de hacerse eternas. Y el obstáculo para esto lo constituyen, nuevamente, la apatía y la rutina, propias de la actitud pasiva común a tantos hombres, esos del rebaño que Nietzsche ha insistido en criticar.

Pero a ello se agrega una segunda dificultad, en la medida en que la admiración e inspiración de un cierto pasado debe evitar su degeneración a una imitación exacta, pues, más allá de que la historia se componga siempre de acontecimientos únicos, el hombre de acción debe tender hacia el futuro; y ello se le haría imposible de quedarse en la repetición del pasado. Son los efectos, a fin de cuentas, lo que se busca admirar; las causas y circunstancias son, en cambio, propias de cada tiempo.

Los riesgos que se corren con la monumentalidad de la historia hacen alusión, entonces, a la posibilidad de fijar únicamente la atención en el pasado, sin reconocer su utilidad con perspectivas de futuro. Pero más riesgosa se hace aún cuando sólo se enaltecen e idealizan algunos pasajes específicos de la historia, mientras «segmentos enteros son olvidados, despreciados, y se deslizan como un flujo ininterrumpido y gris en el que solamente hechos individuales embellecidos emergen como solitarios islotes»¹³. De ahí la necesidad de complementar esta forma de historia con los modos *anticuario* y *crítico*, en la medida en que el primero rescata y venera los vestigios del pasado, mientras que el segundo evita su idealización.

Sin embargo, la consideración de la historia desde una perspectiva *anticuaria* parece ser aún más difícil que la forma monumental. El mismo Nietzsche advierte que, venerando los objetos del pasado, el alma del hombre puede verse poseída por éstos. Así, en una piedad extrema, el sujeto se funde con el objeto y pierde, finalmente, su personalidad. Propia de quienes suelen buscar su historia en la de los demás e identificar su existencia con el espíritu del mundo que los rodea, esta actitud se asemeja entonces a aquella de los débiles que asumen la verdad y los valores dados externamente y viven conformes con ellos. «Así su existencia tiene una disculpa, digamos una justificación»¹⁴.

¹² Aun cuando Nietzsche realiza una crítica a la filosofía de la historia hegeliana, centrada sobre todo en la apreciación de Hegel de vivir en el epígono de los tiempos –actitud que estancaría la iniciativa de construir un futuro–, las reflexiones nietzscheanas acerca de los individuos que merecen una cierta gloria por tender a la acción y al cambio, son similares a las cualidades de los héroes hegelianos. Estos últimos son precisamente aquellos que se ven motivados a cambiar el orden existente en su época o en su pueblo, aun cuando –a diferencia de los hombres de acción de Nietzsche– su motivación última surja de la voluntad del Espíritu, objetivada en el individuo, pero distinta de él.

¹³ NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, op. cit., p. 55.

¹⁴ *Ibidem*, p. 61.

De esta manera, la historia parece ser una herramienta neutra en sí misma, en tanto que su utilidad y su valor estarán dados según el uso que de ella se haga. Así, si en el caso del anticuario la preservación del pasado se realiza para sí misma, únicamente por un fin erudito y perdiendo de vista las demás categorías temporales –vale decir presente y futuro– «el sentido histórico ya no conserva la vida sino que la momifica –pues– La historia anticuaria degenera en el momento mismo en que ya no está animada e inspirada por la fresca vida del presente»¹⁵.

La historia, en cuanto ciencia, no debe entenderse entonces en relación a sí misma; se reitera con ello la necesidad de que se subordine en servicio a la vida. Después de todo, su valor y utilidad no pueden comprenderse sólo en virtud de sus posibilidades de conservar el pasado en la memoria, si con ella no puede hacerse algo para el presente¹⁶. Así parece asomarse nuevamente la contraposición entre una actitud sumisa, que se rinde en este caso ante la historia, frente a la posibilidad de asumir un rol activo frente a ella, que se sobreponga a la apatía y tome el control sobre su entorno, haciendo de éste un verdadero medio para la vida. Y la historia *anticuaria* puede ser tan útil a esto como la forma *monumental* en la medida en que conserven y eternicen aquellos elementos históricos que sirvan a favor de la actividad y de la creatividad vueltas hacia el futuro, de modo tal que «el conocimiento del pasado sea deseado en toda época solamente para servir al futuro y al presente; no para debilitar el presente o para cortar las raíces de un futuro vigoroso»¹⁷.

La *historia crítica* será para ello el tercer complemento en esta orientación, pues el hombre de acción, dice Nietzsche, también «ha de tener la fuerza, y de vez en cuando utilizarla, de romper y disolver una parte de su pasado»¹⁸. Pero he aquí una dificultad particular a este tipo de historia, en el sentido de la necesidad de contar con el discernimiento adecuado para realizar dicha crítica. Después de todo, gran parte de los errores pretéritos se han proyectado a tiempos posteriores, que los han recogido y los han adoptado sin cuestionamiento como propios. Pero, como resulta lógico de acuerdo a la propuesta ética de Nietzsche, se asoma aquel llamado a cultivar una nueva naturaleza, distinguiendo esos errores a fin de contraponerse a la naturaleza de la que se procede; es el giro de atención hacia el futuro, volviendo necesariamente la espalda al pasado. El débil, por el contrario, entiende la objetividad como mera tolerancia, pues no osa enfrentarse críticamente a la realidad.

Pero la adopción de una actitud fuerte no es fácil, sobre todo considerando que, más allá de tener la determinación para orientarse hacia la acción, debe el hombre en este caso tener la capacidad de criticar discerniendo aquello que debe ser considerado de lo que debe ser, en cierta medida, olvidado de la historia. La objetividad es un requisito que una y otra vez

¹⁵ *Ibidem*, p. 62.

¹⁶ Es ésta una reflexión que Nietzsche parece presentar a partir de una interrogante común a la historia: la pregunta acerca de la verdadera utilidad de la historia, más allá del valor que pueda tener en sí, especialmente en una época pragmática, como parece ser nuestro tiempo, surge constantemente esta interrogante, que cuestiona muchas veces el rol de la historia como *magistra vitae* o que busca en ella un uso que vaya más allá del ámbito espiritual. La orientación que da este filósofo a la historia parece ser más práctica o directamente relacionada a la actividad, y su valor estará dado en relación a su utilidad.

¹⁷ *Ibidem*, p. 69.

¹⁸ *Ibidem*, p. 64.

se ha exigido, especialmente por algunas corrientes epistemológicas, pero que en este caso parece adoptar un sentido distinto.

No se trata, señala Nietzsche, de mantenerse imparcial para caer en la indiferencia. Toda vez que el historiador se vuelca hacia el pasado, ésta pasa por el filtro de su perspectiva y es ésta, más que un obstáculo, una propiedad de la historia que la enriquece. Y agrega:

Espero que la historia podrá ver su significado no en las ideas generales, que serían la flor y el fruto, sino que su valor consista precisamente en glosar de modo inteligente un tema conocido, tal vez corriente, una melodía cotidiana y, alzándolo, elevarlo al rango de símbolo universal, haciendo sentir, en el tema original, todo un mundo de profundo significado, fuerza y belleza¹⁹.

Por lo mismo, tampoco la objetividad significa tener la capacidad de establecer justicia. En primer lugar, si se toma en cuenta que, como señala el filósofo en su cita anterior, el historiador se vincula y compromete activamente con el pasado que critica; y en segundo término, considerando que no cuenta, por la misma razón, con la distancia y la superioridad necesarias para realizar un juicio. Si no se es fuerte y no se han tenido las capacidades de romper con el entorno y la tradición, si se vive conforme y «feliz» con el presente de todos, si se es, en fin, parte del rebaño, no puede obtenerse un grado superior que reconozca en una persona el derecho de juzgar otros tiempos.

Y prescindamos también de esas gentes totalmente irreflexivas que, cuando escriben como historiadores, lo hacen en la ingenua creencia de que su propia época tiene razón en todas las opiniones populares y que escribir, de acuerdo con esa época, equivale a ser justos²⁰.

He aquí la diferencia entre escribir «como historiador» y ser efectivamente historiador; es la contraposición entre el débil que cree vivir bien y el fuerte que sabe que debe romper con ese mundo. Y para el caso de la historia, es el llamado nietzscheano para los historiadores, en cuanto pueden y deben buscar cumplir con las exigencias de los espíritus libres que, como tales, podrán superar la actitud conformista, sumisa y decadente de los eruditos.

Historia *monumental*, *anticuaria* y *crítica* deben, por tanto, complementarse en función de la vida y al servicio de un verdadero historiador; uno que, en lugar de buscar el conocimiento del pasado por el pasado, por un simple afán de erudición, lo utiliza y lo somete

¹⁹ *Ibidem*, p. 100. En este sentido, la historia no debe limitarse simplemente a las facultades del entendimiento, en tanto éste se resume en el conocimiento pasivo de lo histórico. Antes bien, debe ligarse a un proyecto filosófico o artístico, que funda en sí contenido y estética, para hacer de él una obra original y vinculada a su creador. De lo contrario, la historia pasaría a ser simple erudición, oficio que Nietzsche critica por las limitaciones que se ha impuesto a sí misma. Bermejo explica lo anterior: «Un erudito debe en su vida recorrer un currículo, un camino prefijado y no puede salirse de él, so pena de perder su status. Deberá, por lo tanto, refrenar sus ideas e iniciativas y ser, consecuentemente, un ser aburrido» (*op. cit.*, p. 242).

²⁰ NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, *op. cit.*, p. 98.

en función del futuro; y que se contrapone así a aquel que se queda en la admiración de épocas, acciones y personajes que no le son propios, aunque los asuma como tales, y que se propone como objetivo de vida, la verdad, antes que la vida misma.

El historiador no debe limitarse a conocer por la sencilla pretensión de saber. Frente a lo contingente y lo superfluo debe saber distinguir críticamente lo útil e importante del pasado, no sólo para preservarlo, sino para ponerlo en función de la vida. «Que algo haya ocurrido no es pretexto suficiente para investigarlo; si tiene que importarnos es porque fue mejor que lo de hoy y puede, en consecuencia, asumir la función de ejemplo y modelo»²¹. Por lo mismo, para ello no se requiere sólo de constancia en la recuperación de lo pasado, sino también de creatividad e iniciativa en su utilización. Así la tarea del historiador requerirá de criterios éticos en su discernimiento, a la vez que de formas estéticas para su aplicación.

Sin embargo, es desde esta orientación que nace la crítica fundamental del discurso histórico de este filósofo en relación a su propio tiempo y, más particularmente, al pueblo alemán. Pues, en su opinión, es la pérdida del criterio ético en la historia el que ha provocado un exceso de ella, que no logra discernir aquello útil a ser preservado ni busca en ello su utilidad para la vida.

Un exceso de historia, insiste, paraliza a los hombres en un pasado al que rinden culto, imitan y veneran sin ánimo de crear, desde su presente, un futuro distinto de la situación que les acomoda. La historia por la historia es, para el filósofo, «saber consumido en exceso, sin hambre, incluso contra las necesidades de uno, -que- no actúa ya como una fuerza transformadora orientada hacia el exterior, sino que permanece encerrado dentro de un cierto caótico mundo interior»²².

De esta manera, ese «mundo interior» de los historiadores y, a fin de cuentas, de todos quienes padecen de una desmedida cultura histórica²³, se distancia y se desequilibra en relación al mundo exterior, pues este último no crece ni se cultiva a la par que el primero: la verdad excede a la vida. Porque si el hombre se aferra al pasado, pierde de vista su propio presente y no atiende ni se proyecta realmente al futuro; sólo se ocupa de preservar y de alimentar el saber sobre el pasado, imitándolo en una actitud conservadora que obstaculiza toda iniciativa de cambio, condición necesaria para el progreso en términos de avance hacia el futuro²⁴.

Una cultura que se precie de tal, señala este filósofo, lo es en virtud de la correspondencia entre su mundo interior y su mundo exterior, pues aquello que espiritualmente se cultiva debe ser proyectado a la vida concreta o, lo que es lo mismo, a la acción. De lo contrario, deshaciéndose esta síntesis de lo interior con lo exterior, del saber y de la vida, la idea de

²¹ BERMEJO, J. C., *op. cit.*, p. 232.

²² NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, *op. cit.*, p. 71.

²³ Cultura histórica es entendida por Nietzsche como aquella propia de quienes viven en la apatía del rebaño, en una actitud conformista y superflua. «Perder progresivamente ese sentido de extrañeza, no sorprenderse ya excesivamente de nada y, finalmente, aceptar todo -a esto se viene llamando sentido histórico, cultura histórica» (*Ibidem*, p. 110).

²⁴ Sin embargo, ello no parece suponer una comparación entre pasado y presente en términos morales, pues Nietzsche no critica en modo alguno al pasado por ser éticamente peor que los tiempos posteriores. Antes bien, su crítica tiene connotaciones morales en la medida en que reclama una actitud más activa por parte de quienes parecieran haber olvidado vivir.

cultura pasa a entenderse sólo en relación al mundo espiritual, dejando de ser realmente algo vivo; si no hay acción, no hay verdaderamente cultura. Y es esto lo que Nietzsche critica a su Alemania:

*Nuestra moderna cultura no es algo vivo, es decir, no es, de hecho, una verdadera cultura sino solamente una especie de saber sobre la cultura*²⁵.

Pero la acción no debe entenderse sólo como la puesta en práctica de determinadas ideas si en ellas no existe creatividad. Por esta razón, si la cultura histórica tiende sólo a la preservación de la cultura pasada, su acción tenderá a la sola imitación, de manera tal que, finalmente, constituirá sólo un espejo del pasado y no será, por esto, una cultura en propiedad. La acción de cultivar *–colo–*, etimológicamente anterior y propia del término cultura, exige en este sentido una cuota de creatividad que permita dar vida y hacer crecer aquello que se cultiva. Pero una actitud histórica corre el riesgo de preservar sólo aquello que ha sido cultivado por otros y que, por lo mismo, no le es propio.

La verdadera motivación y lo que, como acción, se manifiesta al exterior, con frecuencia no significa mucho más que una indiferente convención, una lamentable imitación e, incluso, una tosca caricatura²⁶.

Un pueblo que puede enorgullecerse de contar con una cultura propia es aquel que se ha constituido como una unidad viva y que ha sabido salvar toda concordancia entre contenido y forma, entre interior y exterior. Toda cultura debe ser auténtica, creada desde lo interior, pero cultivada y fortalecida mediante la acción. Son éstas facultades propias de las personalidades fuertes, que se atreven a desprenderse de lo establecido y cambiar en pro del futuro que quieren crearse; son éstas, a fin de cuentas, las propiedades de los espíritus libres que, para el caso de la historia, saben servirse de ella dentro de los límites que puedan subordinarse a la vida.

Las personalidades débiles, en cambio, viven en la comodidad de lo dado y no se inquietan por cambiar aquello que les parece satisfactorio. Se apropian de lo ajeno, pero finalmente, nada les pertenece. Sacrifican la autenticidad, la propiedad y la autonomía en favor de la seguridad. Nietzsche habla de «enciclopedias ambulantes», de «abstracciones concretas», de «culturalidad moderna», de la «vejez de la humanidad», y enfatiza una y otra vez en el «debilitamiento de la personalidad» del hombre que cree *–o quiere creer–* que ya no tiene nada que aportar a la historia, a su pueblo ni al mundo.

*Únicamente se ven seres humanos uniformes, ansiosamente enmascarados (...)
¿Estos son todavía hombres –se pregunta uno– o, tal vez, solamente máquinas
de pensar, escribir y hablar?*²⁷

²⁵ *Ibidem*, p. 72.

²⁶ *Idem*.

²⁷ *Ibidem*, pp. 84 y 86.

El desafío por revertir tal apatía no es sencillo. Después de todo, los mismos que intentan realizar grandes hazañas acaban por ser inmediatamente historiados.

*Podéis realizar las cosas más grandes y maravillosas: descenderán, a pesar de todo, sin canto y sin sonido, al Orco. Porque el arte huye cuando cubrís enseguida vuestros actos con el dosel de la historia*²⁸.

Hay en esto un problema moral, un problema de actitud, que relega la labor de la historia a congelar los hechos y no a cultivarlos como verdaderos acontecimientos. Y así, surge en Nietzsche la sensación de que la humanidad –o al menos los alemanes– no quisiera avanzar ni pretendiera dar mayor curso a la historia. Quedarse en el pasado, vivir del pasado, es la actitud propia de la ancianidad, que la humanidad parece sentirse viviendo. Una actitud que vive del recuerdo, que revisa lo que ha hecho, pero que ha perdido la fe en sus posibilidades a futuro.

Frente a ello, la solución parece radicar en esa personalidad que Nietzsche promueve constantemente. Por eso clama por «un luchador contra su tiempo»²⁹; por una personalidad que se atreva a romper con los límites impuestos por la cultura histórica, que no es otra que la cultura de rebaño; por una personalidad que, como espíritu libre, adopte una actitud *ahistórica* que le permita destruir lo presente para construir creativamente su futuro. Así, todo impulso histórico deberá colocarse al servicio de ese espíritu constructor, o del instinto creador.

La historia, en este sentido, no puede entenderse sólo como una ciencia racional, pues es esta limitación la que le arrebató la vida. Si, por el contrario, adopta también un carácter artístico y se ocupa de sus formas estéticas, podrá ser útil a la creatividad y, lo que es más importante, a la vida y a la acción. Esto debe ser iniciativa de los jóvenes, que son los que se encuentran en la edad que proyecta su vida y que la busca en el futuro.

No como masa, sino en cuanto individuos, son los jóvenes, dice Nietzsche, quienes deberían asumir la tarea de salirse de su tiempo y del tiempo, para combinar aquello que del pasado pueda serles útil con los proyectos que ellos mismos creen para el futuro. La historia deberá estar al servicio de ellos y ellos deberán saber subordinarla para «promover la creación de lo que es grande. –Pues– el objetivo de la humanidad no puede encontrarse en su estadio final, sino solamente en sus más altos ejemplares»³⁰.

La concepción de la historia de Nietzsche no es, entonces, una idea teleológica. Sin ocuparse tanto del decurso histórico y de la sucesión lineal de los tiempos, que debieran para otros –los cristianos o los hegelianos, por ejemplo– acabar en un final escatológico o al menos predeterminado, este filósofo se ocupa de la actitud que el hombre debería adoptar para no sucumbir ante la historia. No es el fin de la historia, como culminación, la que interesa a Nietzsche, sino más bien el fin entendido como objetivo.

²⁸ *Ibidem*, p. 82.

²⁹ *Ibidem*, p. 104.

³⁰ *Ibidem*, p. 137.

No se trata, de todas formas, de una tarea fácil y clara. Nietzsche la deja planteada para los historiadores de su presente y del futuro, pero no ofrece normas concretas o actividades precisas que sirvieran de guía o de ejemplo al ejercicio diario del historiador. Se trata, más bien, de un desafío que, una vez pensado y propuesto en términos generales, sólo puede ser experimentado individualmente y así, sólo así, ser del todo comprendido.

Siendo el ser humano un ser temporal, puede ser histórico en la medida en que sepa controlar esa cualidad. La medida de su historicidad parece estar sujeta a la actitud del hombre frente al pasado, en su presente y en relación al futuro. De esta manera, puede subyugarse ante la historia si se aferra sólo a lo dado y a lo hecho; pero tiene también la posibilidad de jugar creativamente con su historicidad, asumiendo de vez en cuando la actitud ahistórica necesaria para desprenderse de ciertas ataduras y volar más allá de su cultura y de su tiempo.

Así, libre este espíritu del exceso de saber, de la desproporcionada historicidad y de la influencia de un entorno desmotivado por cambiar, satisfecho con lo que le ofrecen otros, podrá finalmente dedicarse a vivir y otorgará desde y para sí mismo un sentido a su existencia.

Desde esta perspectiva, entonces, el historiador no puede quedarse en el ejercicio de una mera disciplina cognoscitiva. Después de todo, el mismo individuo que aboca sus pensamientos a la *Historie* es aquel que vive un mundo histórico y que, por lo mismo, puede pasar a formar parte de la *Geschichte*, no como un sujeto pasivo, sino como parte integral y creativa de ella*.

Pero con qué finalidad existes tú, como individuo, pregúntate esto y, si nadie te lo puede decir, trata de justificar el sentido de tu existencia de alguna manera a posteriori, proponiéndote un objetivo, una meta, una 'finalidad'. ¿Si pereces en el intento? Yo no conozco ningún objetivo mejor en la vida que perecer por lo grande y lo imposible...³¹.

Bibliografía

BERMEJO, J.C., *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Akal, Madrid, 1987.

NIETZSCHE, F., *El ocaso de los ídolos. Los cuatro grandes errores*, 5, Edimat, Madrid, 1999.

NIETZSCHE, F., *Más allá del bien y del Mal*, Edimat, Madrid, 1999.

NIETZSCHE, F., *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, Edaf, Madrid, 2000.

³¹ *Ibidem*, p. 140.

* Artículo recibido el 20/10/2007 y aceptado el 25/11/2007.